

**José Revueltas**

---

**Los muros de agua**



Ediciones Era

Yo hubiera querido denominar a toda mi obra *Los días terrenales*. A excepción tal vez de los cuentos, toda mi novelística se podría agrupar bajo el denominativo común de *Los días terrenales*, con sus diferentes nombres: *El luto humano*, *Los muros de agua*, etcétera. Y tal vez a la postre eso vaya a ser lo que resulte, en cuanto la obra esté terminada o la dé yo por cancelada y decida ya no volver a escribir novela o me muera y ya no pueda escribirla. Es prematuro hablar de eso, pero mi inclinación sería ésa y esto le recomendaría a la persona que de casualidad esté recopilando mi obra, que la recopile bajo el nombre de *Los días terrenales*.

(*José Revueltas: entre lúcidos y atormentados*, entrevista por Margarita García Flores, *Diorama de la Cultura, Excélsior*, 16 de abril de 1972.)

## A PROPÓSITO DE *LOS MUROS DE AGUA*

*Los muros de agua* fue escrita en 1940 y publicada al año siguiente gracias a una suscripción familiar con la que se pudo hacer frente a los gastos de impresión. Terminé de escribir la novela la madrugada del 3 de octubre. Puedo precisar con tanta exactitud la fecha en virtud de una circunstancia estrujante y dolorosa: esa misma mañana vino a mi casa la esposa de mi hermano Silvestre para pedirme que fuera a verlo en atención a que estaba muy grave. A la madrugada siguiente Silvestre moría; yo contaba, al terminar de escribir mi libro, con acudir inmediatamente a leerlo, pues él era un juez implacable y magnífico. Esto ya no fue posible; en medio de la fiebre Silvestre apenas me reconocía y ya no me separé de su lado hasta que fue necesario acudir a la agencia funeraria para adquirir el féretro. Lo recuerdo con un dolor vivo y una angustia que no me abandona cada vez. No pensé más en *Los muros de agua* y no sometí este libro a la lectura de nadie hasta que, por insistencia de Rosaura y de mi primera esposa, la novela fue publicada el 10 de mayo de 1941.

La segunda edición de *Los muros de agua* fue publicada en el mes de marzo de 1961, fecha en que se cumplen mis veinte años de escritor. Pero no es ésta mi primer novela, así se trate, sin embargo, de mi primer libro propiamente dicho. Escribí antes de *Los muros de agua* (y esto debe ser por los años 37 y 38) una novela corta, *El quebranto*, de la cual sólo llegó a publicarse el primer capítulo en forma de cuento, dentro del volumen que forma *Dios en la tierra*. Los originales (sin copia) de *El quebranto* desaparecieron en la estación de Guadalajara, donde un buen ladrón se apoderó de mi maleta, sin duda con la esperanza de encontrar dentro de ella algunos objetos de valor: todavía no le

arriendo la ganancia por su hallazgo. Bien; así fue y ya no tuve la presencia de ánimo para emprender la tarea de escribir nuevamente aquella novela.\*

*Los muros de agua* recogen algunas de mis impresiones durante dos forzadas estancias que debí pasar en las Islas Marías, la primera en 1932 y la segunda en 1934. La clandestinidad a que el partido comunista estaba condenado por aquellos años nos colocaba a los militantes comunistas en diario riesgo de caer presos y de ser deportados al penal del Pacífico. Yo no era de los más señalados por esta persecución: las cárceles no dejaron nunca de tener comunistas dentro de sus muros por aquel entonces. Muros de piedra en la Penitenciaría, en la Cárcel de Belem (que aún alcanzamos a conocer algunos camaradas de aquella época), en la Prisión de Santiago Tlatelolco, y *muros de agua* en la Isla María Madre, del archipiélago de Las Marías, en ese vasto y solitario Pacífico, que llegaba a convertírse en una inmensidad obsesiva a través de los largos meses de relegación.

Con todo, *Los muros de agua* no son un reflejo directo, inmediato de la realidad. Son una *realidad literaria*, una realidad imaginada. Pero esto lo digo en un sentido muy preciso: la realidad siempre resulta un poco más fantástica que la literatura, como ya lo afirmaba Dostoievski. Éste será siempre un problema para el escritor: la realidad literalmente tomada no siempre es verosímil, o peor, casi nunca es verosímil. Nos burla, nos “hace *desatinar*” (como tan maravillosamente lo dice el pueblo en este vocablo de precisión prodigiosa), hace que perdamos el tino, porque no se ajusta a las reglas; el escritor es quien debe ponerlas.

Sí, las Islas Marías *eran* (no he vuelto a pisar su noble tierra desde hace más de veintisiete años) un poco más terribles de lo que se describe en *Los muros de agua*. La cuestión se explica porque lo *terrible* es siempre inaparente. *Lo terrible* no es lo que imaginamos como tal: está siempre en lo más sencillo, en lo que tenemos más al alcance de la mano y en lo que vivimos con mayor angustia y que viene a ser incommunicable por dos razones: una, cierto pudor del sufrimiento para expresarse; otra, la inverosimi-

\* Entre los numerosos papeles que conservó cuidadosamente la primera esposa del autor, Olivia Peralta, se encuentra el borrador manuscrito de *El quebranto*. Se publicará, en estas Obras Completas, junto con otros textos literarios inéditos.

litud: que no sabremos demostrar que aquello sea espantosamente cierto.

Llegué a esta conclusión durante una visita que fui invitado a realizar al Leprosario de Guadalajara, por el director del establecimiento, doctor B., en 1955. La experiencia era importantísima, por más torturante que resultara. Iba a examinar, a contemplar, a medir un horror concreto, el horror en una de sus manifestaciones más desnudas. Recordaba lo que se cuenta de Tolstoi cuando alguien le preguntó si él había visto, por *sus propios ojos*, algo semejante a lo que describe en *La guerra y la paz* cuando se encuentra vivos a unos prisioneros mal fusilados. La respuesta de Tolstoi es toda una lección: no negarse jamás a ver, no cerrar los ojos ante el horror ni volverse de espaldas por más pavoroso que nos parezca. Tolstoi vio a esos fusilados; cuándo y cómo, no importa. Yo *tenía* que ver a aquellos leproso. No me resisto, pues, a transcribir los párrafos de una carta que le escribí a María Teresa, mi actual esposa, en aquella ocasión, porque precisamente lo que pude contemplar puso de relieve ante mí la frontera que existe entre la realidad y la literatura. He aquí esos párrafos, que comentaré más adelante desde el punto de vista de lo que considero *realismo* en la literatura:

Lo primero que vemos al entrar es un enfermo, sentado en una banca lateral, que saluda al doctor B. con una expresión afectuosa. Al mirarnos (los visitantes de “fuera”) su rostro se hiebla. Procuero examinarlo —dentro de la rapidez de la observación— lo más profundamente que puedo, casi con ansiedad. ¿Su reacción ante nosotros, los visitantes, los intrusos, ha sido de pudor? Pudiera parecer. El hombre se ha encogido levemente de hombros. Tal vez sea pudor —un pudor lastimado— o nada más desdén. Trato de descubrir qué encuentro de extraño en este leproso; es decir, dónde está la lepra, no la veo. Sin embargo, es un ser extraño. A primera vista, a segunda, no distingo nada, nada advierto, pero es indudable que hay *algo*. ¿Qué? No, no es un hombre como todos los demás. Pero, ¿en dónde está eso que lo hace distinto? De pronto me doy cuenta. Son los ojos. Absolutamente los ojos. Nunca he visto ojos iguales. Muy grandes, muy abiertos, como puestos ahí en el rostro de un modo artificial, ajenos, ojos de vidrio. Cuando alguien